

ENTRAR en Francia es siempre entrar en un mundo nuevo para nosotros, queramos o no queramos reconocerlo. Un mundo complejo en el que el desarrollo económico y cultural es muy superior al nuestro; pero que tiene —como contrapeso— las taras de la avanzada sociedad de consumo capitalista: la tristeza, la insatisfacción y el mal humor, que también empiezan a cundir entre nosotros. Lo único que le salva a Francia es el *esprit de finesse* —la sensibilidad de la inteligencia— que descubrió su mejor pensador religioso, el matemático Pascal, hace ya tres siglos. Y esperemos que este camino sea el que siga su catolicismo, aunque no es fácil ver que así se decida claramente. Pequeños detalles nos desvelan el cambio entre un ambiente y otro: el mismo tren que en España lleva una velocidad media de 70 km/h., en el vecino país llega a los 140 km/h. El mismo país vasco nuestro es todavía bronco y gris en su paisaje, y es más abierto y luminoso en la vecina nación. Su orografía es rica y abierta, y sus ríos navegables. Y París, la gran ciudad, tiene menos embotellamientos automovilísticos, menos contaminación en la atmósfera y en el «metro», y más respeto en la conducción de vehículos que aquí. Un paso más han dado en ir a una cultura nueva sin discriminaciones, visible en otro mínimo detalle: el taxi. Allí abunda —como todo el mundo puede comprobar— el taxi femenino de día y de noche. Sin embargo, no todo es allí apertura, optimismo y desarrollo: el mundo del espectáculo (cine, teatro...) estaba falto de vigor; vivimos aquellos días una época gris, sin grandes novedades. ¿Será sólo provisional? ¿O el mundo consumista se estará cansando y empieza a encontrarse —hasta en el arte— en un callejón sin salida?

El erotismo

En lo que respecta al erotismo, parece esto evidente en Occidente, al menos en los países de fuerte desarrollo. El síntoma más significativo es la tristeza de las *Sex-Shop*, propias de estos países occidentales desarrollados. La mercancía, sobre todo de libros, que allí se exhibe (y que —por otro lado— puede uno encontrar en cualquier librería céntrica) carece de alegría, emoción o novedad: su rutinarismo en los temas y versiones de los mismos es señal de haber «rizado el rizo» y haber agotado ya todas sus posibilidades. Las mismas revistas eróticas, que desbordan los anaqueles de quioscos y librerías como asimismo los cómodos «drugstores», se repiten con machaconería que aburre.

Y, sin embargo, el erotismo ha cumplido una misión catártica. A los hombres que estaban llenos de imaginaciones fantásticas, que guardaban en su interior como en olla a presión —a punto de estallar en cualquier momento—, el descubrimiento de la realidad les ha servido de aquietador de un impulso que siempre estaba en peligro inminente e imprevisible de desbordamiento. La novela *Moira*, de Julien Green, describe con fuerza inigualable este peligro de estas represiones inconscientes, que pueden llegar —al desbordarse— a límites insospechados. El puritano protagonista, en su fantástica y desbordante lujuria imaginativa,



ENRIQUE MIRET MAGDALENA

FRANCIA, ENTRE EL RACIONALISMO Y EL STRIP-TEASE

por apartamiento de la realidad, llega hasta el crimen sexual.

Aristóteles descubrió en la representación teatral el valor catártico que tiene. El drama que vemos representado, y que corresponde a todos los elementos confusos que anidan en lo más hondo de nuestro inconsciente—somos, según Freud, unos asesinos y unos morbosos interiores—, sirve para que estos elementos pasionales se proyecten en los personajes del drama y descarguen así nuestra tensión interior, dejando equilibrado nuestro ser psicológico.

Hoy en día son muchos —por ejemplo— los psicoanalistas y sociólogos que se muestran reacios a criticar —como hacen todavía nuestros moralistas— las escenas, concretamente de televisión, donde la violencia o el drama pasional se entremezclan en la trama literaria de la representación. Debíamos meditar las palabras de uno

de los más inteligentes psiquiatras de nuestro tiempo —Anthony Storr— a propósito de la violencia —y podría decirse lo mismo del tema que toco referido a los adultos—: «No hay pruebas de que los medios de comunicación de masas sean primariamente responsables de delincuencia o de crímenes violentos. Prohibir a un niño que vea la televisión o que lea relatos en que se manifiesta la violencia es una prohibición estéril: muy probablemente producirá ira en vez de impedirlo... Si estudiamos el contenido de los cuentos de hadas, o de los mitos, descubriremos toda clase de horrores, desde la castración hasta la muerte en aceite hirviendo, pero nadie puede suponer seriamente que los vencedores que hervían o castraban a sus enemigos estuviesen influenciados, para obrar así, por la lectura de los mitos griegos o por las compilaciones de cuentos de hadas... Ciertamente,

el niño corriente puede tener fantasías en las que decapita a su madre en su papel de bruja, pero solamente un psicópata o alguien que padece una psicosis agarra una hacha para hacerlo». (A. Storr; *La agresividad humana*. Alianza Editorial.)

El psicodrama, inventado como medio terapéutico por el investigador J. L. Moreno, está basado precisamente en el empleo a fondo del método catártico.

El espectáculo del desnudo y del *strip-tease* —cuando son artísticos— se han convertido ya en un entretenimiento para matrimonios serios, porque todo el mundo empieza a superar su aspecto meramente erótico, y comprende que sirve «de válvula de escape a la agresión disimulada» —y lo que es muy acertada observación—, satisface placeres infantiles; y, por supuesto —por más que crean todavía algunos moralistas—, «el *strip-tease* no es una orgía ni nada que recuerde las saturnales de los soldados romanos, los misterios de Dionisos o Baco, ni el carnaval medieval», dice el psiquiatra M. Grotjahn (en *La máscara burlesca*. Ed. Morata).

Yo creo, sin embargo, que el *strip-tease* está en Europa a punto de terminar como espectáculo, porque empezamos —como en el mundo griego o en el arte de todos los tiempos— a tomar el desnudo como algo natural que puede ser bien o mal utilizado, pero que no tiene nada que ver con la picaresca ni la malicia hispánicas, que todavía perduran entre nosotros. Y «perdurarán —opino yo— mientras fomentemos el afán femenino de la coquetería del enseñar y ocultar al mismo tiempo el cuerpo, porque «la etnología actual considera como seguro que la ocultación de ciertas partes del cuerpo —como el vestido en general— no tiene primitivamente la menor relación con el sentimiento del pudor, y más bien sirve para satisfacer la necesidad de adorno, y obedece a la intención de producir, por la ocultación, un estímulo de carácter sexual». (Georg Simmel; *Cultura femenina*. Editorial Espasa Calpe.) Es más picaresco en París el semidesnudo del tradicional *Folies Bergère* que los desnudos del nuevo espectáculo del *Mayol*, y que —a pesar de su ambiente menos distinguido— tiene mayor carga artística, al menos actualmente.

¿Nuevos caminos?

Los síntomas de aburrimiento que produce el erotismo por el erotismo en la juventud son evidentes. Y si no, que lo diga el éxito de la nueva novela rosa americana —de firme oficio literario, sin embargo, su autor Erich Segal— titulada «Love Story», que ha sido un «best-seller» en América y en todos los países donde se va rápidamente traduciendo, como Francia. Sólo la primera edición de bolsillo tiró cinco millones de ejemplares.

En cambio, le va muy por bajo en América el éxito de un nuevo método de desarrollar la sensualidad de la mujer —tan depreciada en nuestra civilización occidental de frigididad femenina—, que es algo así como el método Assimil para aprendizaje del amor sensual satisfactorio, en el injustamente llamado sexo débil. «Cómo convertirse en una mujer sensual» es ciertamente un «best-seller» —que



SAN RAFAEL EN LA PLAZA

WASHINGTON.—Según informaciones aparecidas en la prensa, el presidente de la Toyota Motor Company ha hecho construir una pagoda en el Japón, valorada en medio millón de dólares, destinada al reposo de las víctimas de accidentes sufridos por los automóviles de dicha marca.

Uno se pregunta inmediatamente si los fabricantes norteamericanos de automóviles no van a seguir este ejemplo. Un gesto de esta índole, si bien no contribuiría al aumento de seguridad en los automóviles, serviría, al menos, para poner de relieve el interés de las casas fabricantes respecto de sus víctimas.

Las empresas norteamericanas tienen dos opciones: construir capillas individuales para cada marca: Nuestra Señora del Corsair, Tabernáculo del Mustang, Templo del Oldsmobile, Capilla Rambler... o una, más grande, que fuera común a todas las marcas. Podría estar dividida en capillas especiales para cada una de ellas.

Posiblemente ocuparía mucho terreno; pero erigida en lugar conveniente, su costo podría sufragarse con el importe de los aparcamientos. Para evitar que ninguna compañía se beneficiara de lo que es común a todas, el templo podría llamarse San Rafael en la Plaza, por Ralph Nader, el santo patrón de la seguridad en los Estados Unidos. Frente al templo se erigiría una estatua gigante de Nader, seguido por un detective de la General Motors. En los techos de las capillas y naves se pintarían frescos por los mejores artistas nacionales, alusivos a los momentos cumbre de accidentes automovilísticos, y las estancias de pavimentarían de asfalto.

En los altares, modelos de automóviles, camiones, autobuses, todos en oro, y en los bancos, cinturones de seguridad para los que deseen acudir a orar y meditar acerca del futuro del automóvil.

Tendrían lugar, dos veces al día, servicios religiosos en memoria de las personas muertas por contaminación atmosférica o mientras esperaban que se cumplieren las garantías ofrecidas cuando la compra de su automóvil.

Función religiosa especial, con Tedeum, cuando apareciese en el mercado un nuevo modelo de automóvil. Una capilla especialmente consagrada para la meditación y la plegaria en orden a que la póliza de seguros no sea cancelada. Y un comisario de Tráfico, en permanente servicio, para absolver a quienes pequen contra la seguridad en las carreteras.

Como es muy difícil que todos los dueños de todas las marcas puedan tener cabida en el futuro templo, sugerimos que lleven consigo una alfombrilla en el coche. Así, en los atascos circulatorios, podrían bajar y arrodillarse, vueltos hacia esta especie de Meca automovilística.

(Copyright 1971, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

pronto se editará en Francia—, pero mucho más modesto —como venta— que «Love Story», y que se queda —como todo lo que toca nuestra civilización mecánica— muy por debajo de las antiguas técnicas orientales de desarrollar el amor sexual en forma más profunda que lo hace este nuevo manual occidental de ciencia amorosa de que se hacen eco las revistas francesas.

Este volver al mundo de otros valores más plenamente humanos, aunque por reacción nos vayamos ahora al extremo romántico rosa, está latente en las películas más disparas de «Love Story», como son las de las bandas de jóvenes americanos de la moto y la cadena, como la que vi de Los Ángeles desnudos, o el tan traído y llevado —pero bastante decepcionante como realidad renovadora— Woodstock de los «hippies». Aquel film primero es la versión contemporánea de la antigua película del Oeste de bandas de vaqueros enemigos, de carreras desenfundadas a caballo por el desierto y de la rendida doncella que vive del «machismo» de su defensor. Hoy son motos veloces, «blue-jeans», total desenfado femenino en el desvestido ante el calor del desierto; pero —al mismo tiempo— el éxito reconocido del más sensato, del que —a su manera brusca de primitivo— hace respetar a la muchacha y no permite que —como castigo— sea entregada por su «amo» a todos.

Los contrastes

Paris es también —como siempre— la pobreza de los tolerados vagabundos dormitando de noche en los bancos de las estaciones del «metro»; de los alcoholizados —o alcoholizadas— que vagabundean nocturnamente por las calles; de las empobrecidas ancianas con sombrero, que esperan las altas horas de la noche para rebuscar algo de valor o de comida en las papeleras o en los cubos de basura del boulevard Haussman. O el triste espectáculo de los cabarets de Pigalle, donde se exhiben jovencitas desnudas por 2,50 francos, entre llamativos luminosos que empujan por su erotismo vulgar.

O son —por el contrario— las librerías del Barrio Latino, abiertas hasta altas horas de la noche, llenas de gente joven ojeando y comprando libros de sociología, literatura o religión. En estas librerías abundan los mejores libros religiosos de actualidad, señal del nunca decayente afán de cultura, a propósito de todos los temas, en este mundo intelectual francés.

Allí visité la librería La Joie de Lire, donde se tenía una exposición amplísima de obras de sociología a las once de la noche, abarrotada de público, entre las que abundaban los textos clásicos marxistas de Lenin, o los trabajos psicoanalíticos de Wilhelm Reich, el primero que quiso —con poco éxito popular entonces— coordinar a Freud y a Marx (cosa hoy casi corriente); o los escritos militares de Mao Tse-Tung. Pero también estaba —entre otras obras— el ensayo de

François Revel, «Ni Marx, ni Jesús», o el último del universalmente conocido sociólogo Edgar Morin, que a sus cuarenta y ocho años escribe sus Memorias, tituladas Journal de Californie —tan distintas humanamente de las de De Gaulle—, donde se confiesa públicamente en una forma tan excelsiva que a algunos les parecerá que bordea la indiscreción y quizá el narcisismo.

La mística «hippy» de la paz y del amor ha impresionado profundamente a Morin en California, y después de su comunismo oficial de otros tiempos, conserva, sin embargo, el apasionamiento por las «comunidades» no violentas, espontáneas y un poco románticas: «Estas comunidades —dice— representan el avatar renaciente de este comunismo, que no puedo decirme a abandonar...; no es la receta mágica, la solución histórica, lo que yo busco: es el renacimiento de la esperanza... es el gozo profundo que da todo lo que intenta romper la soledad, todo lo que favorece al amor».

Es lógica esta reacción en un país donde —como en casi todo el llamado Occidente cristiano— el cardenal arzobispo de París da la voz de alarma diciendo: «Tengo vergüenza, Francia se adormece en el egoísmo: los pobres no interesan, los demás no interesan».

La soledad occidental

Porque Occidente es lo que tan admirablemente definió el sociólogo americano Rieffman: «una muchedumbre solitaria». No somos núcleos totalmente aislados de individuos con cohesión, no somos tampoco los cristianos solitarios del desierto egipcio del siglo V: somos, en el Occidente en desarrollo, nómadas aglomerados, masa y no pueblo. Pero masa de individuos que se sienten solos, en la más trágica y desesperante soledad, con su nevera, su televisión y su «bungalow», y que terminan, con mayor frecuencia cada vez, por suicidarse, como ocurre en forma creciente en los países escandinavos.

Es trágico apreciar —por ejemplo— este grito de angustia por la soledad, en los reportajes que ha hecho el periódico protestante Réforme, acerca del programa que ellos —los protestantes franceses— dirigen en la mañana del domingo por la televisión. En una Francia donde hay 30 veces más protestantes que en España, se sienten éstos completamente solitarios en el vecino país gallo, según propia confesión.

En ellos podemos apreciar el creciente fenómeno de la crisis religiosa de la soledad: otro aspecto de la muchedumbre solitaria occidental. Porque si hace años lo religioso unía, relacionaba, creaba —más o menos satisfactoriamente— lazos de unión, ahora estamos asistiendo en Francia —y empieza en España— a la experiencia de que la gente que asiste a la Misa católica, o a los oficios protestantes, es una masa informe que



La fuente de San Miguel, en el Barrio Latino de París, donde la juventud universitaria se remansa entre clase y clase. La flecha señala la dirección al cercano boulevard Saint Michel, antaño sede sartriana del existencialismo.

nada le une. Decir: soy católico, ¿qué significado tiene?, ¿me siento por ello unido doctrinal, espiritual o vivencialmente a otro que afirme también serlo?

Si hemos de ser sinceros, hemos de reconocer que una buena parte de la crisis religiosa actual no es fundamentalmente la dudosa, y eclesiológicamente de moda, «secularización», sino el fenómeno que empieza a descubrir el creyente de la soledad, en sus problemas personales acerca de eso que se llama (en forma ambigua) «el más allá». Ya no le sirve acudir como antes al sacerdote, como me confesaba el matrimonio español compañero de viaje nuestro —o como me confiesan muchos lectores—, ni casi a la lectura religiosa: estamos, y están los franceses, cortados del mundo profesional de los eclesiásticos. Y lo que es peor, al católico se le acostumbró a no experimentar nada profundo, ni confiar en ello; por eso su religión de doctrinas tradicionalmente transmitidas, al surgir una época más consciente, se hace insegura y no le resuelve nada de lo que inquieta su conciencia. Y caemos así en la perplejidad de la soledad religiosa. Podríamos aplicarnos la reflexión de un cristiano telespectador de la televisión francesa: «Ante esta inmensa Iglesia silenciosa —porque no me dice intimamente nada—, y lo que es todavía peor, sin una clara faz... una Iglesia cuyos miembros son tan terriblemente diferentes, porque no se conocen verdaderamente entre ellos —en el sentido comunitario del término—, es entonces cuando se pregunta uno confuso: ¿qué será la Iglesia del porvenir, sea lo que fuere lo que queramos de ella, y qué debemos hacer los creyentes para salir de este callejón sin salida?».

Del racionalismo al vitalismo

Francia ha sido muy compleja, porque ha dado lo mismo el racionalismo de Descartes, donde todo tenía que ser idea clara y precisa, que el vitalismo de Bergson, en el que Dios era no ya un teorema cartesiano, sino el impulso vital creador de la evolución; y también ha sido el tradicionalismo de Lammenais o Bautain, donde toda verdad —religiosa o cultural— venía siempre de nuestros padres y nunca de nosotros mismos.

La Francia racionalista de Descartes continúa hoy, sobre todo en la empresa comercial o industrial, con su fría y jerarquizada organización, con su duro trabajo de nueve horas para el profesional, más las dos de desplazamientos y la otra de la comida, con lo que se separa de su familia y amistades entre semana y llega demasiado cansado y sin ganas de nada al fin de semana. Todo está cuadrículado en ella y nadie puede salirse de su ecuación: los sueldos aumentan mínimos porcentajes, los cuadros están cerrados a la movilidad excesiva y la frialdad es el clima moral de este capitalismo francés que no puede renovarse, a pesar de los esfuerzos inú-

tiles, aunque bienintencionados, de los actuales patronos católicos franceses, inspirados en las ideas democráticas sobre la empresa de Bloch-Lainé.

El vitalismo del filósofo Bergson —tan francés en sus elegantes elucubraciones que apasionaban a su auditorio del Collège de France en el primer cuarto de siglo— lo veo yo representado en la vivaz historia de dos marxistas revisionistas —muy distintos entre sí—, Roger Garaudy y el citado Edgar Morin, salidos del partido y con ideas muy personales sobre la doctrina social de Marx. El gran anhelo dialéctico de Morin es el de tantos y tantos seres humanos de hoy que habiendo ido de conservadurismo a progresismo, de doctrinarismo a sentido práctico, de idealismo a realismo, ven fracasar todas sus posturas —las de antes y las de ahora— y piden apretar los lazos de la Humanidad por medio de los pocos elementos humanos que quedan al hombre de hoy, sofisticado por esta civilización moderna, pero que desea liberarse de esa negatividad que le lleva a un insatisfactorio callejón sin salida, confiando todavía en la vitalidad humana, si se le dejase mayor libertad y espontaneidad.

La corriente tradicionalista todavía se ve arraigada en la fuerte burguesía francesa, no sólo adulta, sino juvenil, que vive de los valores tradicionales del nacionalismo y del catolicismo conservador, sutilmente renovado de acuerdo con la era racional que inauguramos hace cuatro siglos y que hoy llegó a su apogeo. Asistir un domingo a Misa de doce y media a la Madelaine es ilustrativo de lo que digo. Allí me encontré con una nutrida asistencia de gente adinerada, que seguía con satisfacción una Misa equilibradamente renovada, con un hábil sermón conci-

liar que inquietaba un poco y donde todas las edades estaban representadas. A la entrada del templo —lo mismo que a su salida—, unos cuantos jóvenes vendían varios periódicos de derechas, incluso *Aspects de la France*, el semanario del grupo monárquico *Action Française*. Su derechismo es bastante más inteligente —precisamente por la dificultad de mantenerse ese grupo en un mundo hacia el socialismo— que el disfrazado del superficial J.J. Servan-Schreiber. Hay una significativa entrevista a un especialista en organización de empresas, propugnando las ideas de un neoliberalismo más sincero y más científicamente realista, por más claro, que el disfrazado conservadurismo de Jean-Jacques Servan-Schreiber bajo el ropaje verbal engñoso que utiliza. A mí estas minorías activas (que me parecen vestigios de otros tiempos prehistóricos y que a nadie ocultan su faz) me merecen más respeto que estos hábiles prestidigitadores del socialismo de salón, que no quieren el socialismo con todas sus consecuencias y que sin embargo es lo que necesita la sociedad moderna.

Creo que esta extensa minoría católica conservadora francesa hace esfuerzos sinceros —aunque a mí me parecen fracasados— por coonestar una cierta modernidad del pensamiento y la acción con la religiosidad conservadora que les transmitieron sus padres. Hacen figura —aunque sea raquítica— de Descartes, el más revolucionario pensador renacentista y al mismo tiempo el más tranquilo católico en «la fe de su nodriza», como él mismo confesaba. En lo humano fue el innovador de la matemática y de la filosofía, el enemigo máximo de la ciencia aristotélica y del escolasticismo medieval; no tuvo inconveniente en defender que la Tierra giraba alrededor

del Sol —como Galileo—, pero más astutamente que él para no malquistarse con los teólogos de su época y, al mismo tiempo, el sereno cumplidor de la promesa de ir en peregrinación a la Virgen de Loreto, en Italia, «si descubría el principio de la geometría analítica» (como realmente descubrió). Fue un poco como los seguidores de ayer de Charles Maurras, que creían en la Iglesia como institución social, aunque tuvieran que estar situados fuera de ella: lo contrario de lo que nos pasa ahora, que estamos con flexibilidad dentro de su ámbito, aunque no creamos en su eficacia institucional.

La única salida

¿Qué salida tendrá este catolicismo francés tan tradicional y tan equilibrado hasta en sus más renovadores teólogos, como el padre Congar, que se ha opuesto a la nueva traducción ecuménica del Credo que quiere hacer la Jerarquía católica francesa?

Yo creo que no tendrá otra que la de la escritora Françoise Mallet-Joris, quien en su reciente «best-seller» *La Maison de Papier* (del que en pocos meses ha vendido 300.000 ejemplares) cuenta sus memorias familiares. Allí vemos un catolicismo que coincide con la postura respecto a Dios que expresa Edgar Morin cuando afirma: «Dios está en la inquietud, la inquietud lleva a Dios, porque Dios... es ciertamente el principio de vida que llevamos en nosotros mismos». (E. Morin: *Journal de Californie*, Ed. Seuil.)

Para ella, los hijos deben desarrollarse —humana y religiosamente— en un clima de libertad y amor, y sólo así comprenderán lo religioso que «viven» sus padres, sin éstos hacer aspavientos doctrinales o prácticos, ni en ellos mismos ni en sus orientaciones a sus propios hijos. Sólo cuando los católicos aprendamos esta libertad y este amor en nuestra vivencia religiosa, sentida profundamente, pero sin trabas exteriores, es cuando renovaremos sin grandes teorías intelectuales, ni elucubraciones de clérigos conservadores o progresistas (es igual), nuestro cristianismo, del que llevábamos varios siglos haciendo esfuerzos, dignos de mejor causa, por olvidar que es ante todo «vida». Sólo cuando tengamos valor para descubrir —intelectual y prácticamente— a nuestros hijos, con calma y sencillez —como Françoise Mallet-Joris hace hablando, por ejemplo, críticamente del infierno—, todo lo que de verdad pensamos —estemos equivocados o no—, sólo así se podrá renovar la religión que se nos va por seguir los caminos equivocados de conservadores, moderados y progresistas, ya que todos olvidan lo único importante: que el cristianismo —que es vida— no se puede encerrar en moldes, sean estrechos o anchos.

Pero mucho me temo que al recesivo equilibrio del catolicismo francés le sea difícil aceptar esta bergsoniana postura vital expresada por esta escritora católica independiente. ■ E. M. M.